

Otra nueva descepcion, tanto ó mas desagradable que las otras, vino á trastornar momentáneamente nuestros proyectos. El Lic. Monzon, á quien se auxilió con una cantidad para que fuera á Mazatlan, á formalizar trabajos en su favor con la Legislatura, se pasó con Rubí, ofreciéndole sus servicios y negándole que estuviera de acuerdo con el movimiento de Culiacan, al cual daba públicamente su reprobacion.

Esto puso á los jefes revolucionarios en la necesidad de invocar un nuevo plan político, y reuniéndose en el pueblo de Elota, Toledo, Granados y Palacio, entretanto quedaba á mi cargo la defensa de Culiacan, suscribieron una acta, declarando nulo cuanto se referia á las pasadas elecciones, y proponiendo que éstas se repitieran bajo la administracion provisional del general Martinez con la garantía de la más amplia libertad.

Esta acta de pronunciamiento tuvo más popularidad que la primera, luego que circuló en los Distritos. El Estado de Sinaloa todo entero se sintió lleno de alegría y de indecible satisfaccion con tan saludable modificacion impresa á la marcha de los asuntos públicos.

Desde ese momento nos llovieron las actas de adhesion hasta de las rancherías más insignificantes.

## CAPITULO IX.

### UN GRAN COMISIONADO.

Diversas personas del Estado de Sinaloa, ya comerciantes, ya de la política, con carácter oficioso ó como comisionados, se acercaron al Sr. Gral. Rubí, haciéndole todo género de proposiciones para que se llegara á un acuerdo entre los partidos beligerantes ántes de que se apelara al recurso de las armas; pero todas las tentativas fueron inútiles. ¿Qué más? Se le puso el arbitrio de designar las personas imparciales que habian de ocupar los puestos públicos mientras se hacia una eleccion libre; y contestó á todo ¡No! con tenacidad implacable.

Lo que llenaba de admiracion era que siendo ántes casi indiferente al poder, despues se empeñara en mantenerlo á todo trance, como si se tratara de despojarle de una alhaja que le perteneciera por herencia.

Otro en su lugar, viendo que la opinion general estaba en su contra, comprendiendo que aquella sombra de mando no le ofrecia por de pronto más perspectiva que un cúmulo de sinsabores; mirándose, en fin, cercado de peligros, sin merecer en la resistencia más que dicterios y maldiciones, hubiera dejado mil veces aquel gobierno, siquiera para no estar oyendo cargos tan multiplicados como los que se le dirigian.

Lo que hizo Rubí cuando se sintió acosado en Mazatlan, fué salirse de allí furtivamente, dejando el gobierno completamente acéfalo. Se llevó consigo cuanto dinero habia en las cajas y 400 nacionales de Pánuco, que eran los únicos ciudadanos sinaloenses que le habian dado su voto nombrándolo gobernador.

Una vez encumbrado en lo más escondido de la sierra, pidió auxilios á los Estados y á la federacion. Durango le mandó cien hombres, que sólo le sirvieron para agotar más pronto sus recursos.

Azcárate y Sepúlveda le abandonaron en aquella campaña, dándole por consejero á un español de apellido Llanuza.

El general Toledo se situó con 500 hombres en el punto llamado La Urraca, desde donde tenia en jaque á Rubí y á los partidarios ó gente comprometida que éste hubiera podido dejar en Mazatlan. La guarnicion habia permanecido hasta esos momentos neutral. El mismo cuerpo de guardia nacional que mandaba el coronel Crespo, que era á la vez jefe político nombrado por Rubí, no habia tomado actitud marcada. Otro cuerpo mandado por el coronel entónces,

Bibiano Dávalos, perteneciente á la federacion, tampoco se habia mezclado para nada en los asuntos locales.

Así estaban las cosas cuando llegó el general Don Ramon Corona, en comision del gobierno federal para allanar las dificultades de Sinaloa. Era el hombre más á propósito, si obraba de buena fe, hasta para obligarnos á que nos diéramos un abrazo, por grandes que hubieran sido nuestras rencillas, en virtud de haber sido el jefe de todos.

Aplaudimos el tino del gobierno de Juarez, unos y otros suspendimos toda hostilidad, y fundamos las mejores esperanzas de arreglo, en aquel jefe, que sabria poner término á nuestras diferencias.

No se necesitaba conocer como conocia Corona tan á fondo á los hombres y al Estado, para formarse juicio de las cuestiones que nos dividian: bastaba una simple ojeada para comprender que los sinaloenses rechazaban con uniformidad al general Rubí, que acababa de colmarles la medida con los últimos atentados. El general Corona tenia que llegar, sin embargo, prevenido contra nosotros, y muy prevenido, por estas razones: 1.ª Del lado opuesto se encontraban Rubí y Sepúlveda, á quienes consideraba más amigos suyos, y si se debe hablar con franqueza, más á propósito para hacerlos sus instrumentos. 2.ª De nuestra parte estaban todos los principales jefes y oficiales á quienes se habia separado del servicio, no obstante haberse batido como héroes, luego que cayó la plaza de Querétaro y con ella el Imperio de

Maximiliano, á los cuales se reputaba como descontentos. 3.º y más fuerte razón: nosotros habíamos postulado para presidente al general Porfirio Díaz y le habíamos dado un gran número de votos, con lo cual podía estar celoso Corona, y terriblemente enojado Juárez, que no admitía competidores tratándose de la presidencia de la República.

Pero no obstante esas prevenciones, se penetró, á lo ménos en la apariencia, de la justicia de nuestra causa y, confiando en la grande influencia que ejercía en Rubí, se dirigió acompañado de Sepúlveda y Martínez á Villa de Concordia, en donde dió cita á aquel para celebrar una conferencia.

Corona ofreció casi de un modo solemne á los comerciantes de Mazatlan, muy interesados ya en el asunto porque veían encima la revolucion con todas sus calamidades, que haría desistir al general de Pánuco de sus pretensiones al gobierno, toda vez que la eleccion no podía ménos de considerarse nula, lo mismo que las declaraciones del Congreso arrancadas por la fuerza.

Corona andaba entre amigos y pudo pasar sin temor, y ántes bien siendo muy festejado, por en medio de las fuerzas pronunciadas que mandaba Toledo, y que permanecían apartadas fuera de Mazatlan.

En la conferencia se le hizo presente á Rubí su impopularidad, el daño que con su obstinacion iba á causar á su Estado, las infracciones de la ley que se habian cometido, el escándalo que estaba dándose á toda la República, los despropósitos tantos que ha-

bia hecho poniéndose en ridículo, y acaso mereciendo por ellos más tarde el desprecio de sus conciudadanos, lo mismo que por una ambicion tan loca y tan poco fundada, concluyendo por proponerle lo de la eleccion libre. Rubí, parapetado con sus cortos alcances, con las ideas de poder que habian echado raices en toda su alma, con la dignidad de su situacion de la cual hablaba de memoria, repitiendo las palabras que se le habian inculcado, y con la maligna creencia de que, siendo hijo del Estado sólo, él tenia derecho de mandarlo, dió esta sola respuesta:

—Yo no tengo miedo: se dirá que he tenido miedo y yo á nadie temo. Soy Gobernador, y sólo muerto dejaré de serlo.

Cuando mucho le apuraron llegó á ofrecer á Martínez cincuenta mil pesos por tal de que le dejara el campo libre, siempre que sus principales partidarios saliéramos expulsados de Sinaloa.

Esto pasó en la conferencia pública; lo que pasó en la privada lo encontramos explicado despues en las cartas que cayeron en nuestro poder. El general Corona, que se sintió tal vez más inclinado á Rubí, ó que lo juzgó más conveniente para su política, le ofreció que él se encargaba de venirlo á salvar con tal que lograra conservarse en la sierra sin comprometer ningun combate por dos ó tres meses.

Vuelto á Mazatlan el general Corona, lamentó con todos que Rubí fuera tan obstinado: la verdad es que aquel tenia desde antes los mejores fundamentos para serlo. Contaba con la proteccion decidida de Corona

y con el resuelto apoyo de D. Benito Juarez, cosas que nosotros ignorábamos y que ni nos imaginábamos siquiera, por mas que debiéramos sospecharlas.

Al pasar por la Urraca habia manifestado á Toledo la situacion deplorable que guardaban las fuerzas de Rubí, y el gefe pronunciado se desprendió de quinientos pesos únicos que tenia por el momento, para mandarlos al pobre gobernador.

Todo esto indicaba al público que los contendientes estaban en camino de arreglarse y por momentos se aguardaba que se publicara una solucion satisfactoria: tanto se debia creer esto cuanto que el general Corona al pasar por entre los pronunciados fué tratado no solo como el amigo sino como el bienhechor que iba á conciliar todos los intereses salvando al Estado de los horrores de la guerra.

Al despedirse del general Toledo en las orillas de Mazatlan, le dijo cariñosamente:

—Confíen Vdes. en mí como en su mejor amigo. Me propongo quitarles á Rubí y se los quitaré. Pueden estar tranquilos: yo soy amigo de Vdes.

Corona tuvo en Mazatlan una conferencia con los individuos que formaban el congreso y les propuso que suspendieran á Rubí llamando al vice-gobernador Lic. Monzon: ni este ni aquellos admitieron por considerarse faltos de apoyo. Se ve, pues, que el general Corona, no obstante hallarse plenamente facultado para hacer cuanto estuviera en su mano á fin de dejar asegurada la paz en Sinaloa, tentaba todos los medios sin resolverse abiertamente por ninguno. Cualquiera

proposicion en el sentido de dejar eliminado á Rubí habria sido aceptada por todo el mundo. Precisamente porque no se hizo y porque se veia vacilar al agente del gobierno general, fué por lo que mas se comprendió que el pastel estaba arreglado con Rubí y Sepúlveda y que en realidad solo se trataba de conocer de cerca nuestros elementos y la situacion que guardábamos.

Una mañana sin embargo, la última en que estuvo el general Corona en Mazatlan, pareció tomar una decision reuniendo en su alojamiento al general Martinez y á los principales gefes de la guarnicion, á los cuales dijo:

—Me he impuesto detenidamente de la situacion de Sinaloa y veo que el principal obstáculo para la paz es Rubí, el cual por ningun motivo debe seguir mandando. Es incapaz y está desprestigiado.

—Es verdad, contestaron algunos.

—Siempre es indispensable la revolucion, dijeron otros, puesto que Rubí tiene gente armada.

—¿Qué valen Rubí y sus 400 hombres contra el Estado? Ese gobierno fantasma quedará desvanecido como el humo ántes de seis meses sin necesidad de combatirlo. Ahora bien, agregó despues de aducir otras razones, ¿se conformarian vdes. conque el general Martinez estuviera al frente del gobierno hasta que se hicieran nuevas elecciones?

—Sí, contestaron todos.

Despues habló á Martinez en lo confidencial siendo testigo solamente el coronel Almada, encarecién-

dole la necesidad de aceptar aquella situación que él solo podía salvar, y tanto le instó que al fin Martínez, venciendo su grandísima repugnancia, aceptó con una condición:

—¿Cual? le preguntó Corona.

—Que vd. mismo consiga del gobierno general que se practiquen nuevas elecciones en el Estado conforme al plan de Elota.

—Puede vd. contar conque se conseguirá.

—En ese caso estoy conforme.

—Esto se hará cuando yo haya dejado este puerto, pues no convendrá que se sepa que estamos de acuerdo.

—Vd. es el que ha de ordenarme lo que debo hacer.

—Haga vd. su renuncia del mando de la Brigada, porque son incompatibles los dos cargos.

Martínez hizo la renuncia, le fué admitida y Corona nombró jefe de las fuerzas de línea al general Bibiano Dávalos.

—¿En que sentido está el coronel Crespo? preguntó Corona.

—Es partidario de Rubí, pero su cuerpo permanece neutral.

—Entonces es necesario desarmarlo para que no se oponga al movimieto. Evitemos que corra sangre sinaloense.

En seguida mandó llamar al general Dávalos y al coronel Barron, este último era el mayor de plaza, ordenándoles que recogieran el armamento de los nacionales y lo depositaran en la Aduana Marítima.

Todo esto se hizo en el mismo día sin que nadie tratara de oponerse á las determinaciones de Corona.

Habia allí reunidos tres mil fusiles, un millon de cápsules y otros elementos de guerra. En las cajas de la Aduana existian cuarenta mil pesos. Corona dijo á Martínez:

—Ahí tiene vd. tres mil rifles, un millon de cápsules y cuarenta mil pesos. Con esos elementos tiene vd. bien para sostenerse.

—Para nada necesito eso, contando con el apoyo moral de vd. que es más fuerte. Antes pongo á disposicion de vd. 30,000 pesos del dinero de Cu-liacan.

—Inviértanlo en la pacificacion y engrandecimiento del Estado. Conque ¡adios! y mucha prudencia hasta dentro de un mes que les traiga la aprobacion del gobierno.

—Adios! general, y mil gracias.

Y se despidieron los dos ilustres gefes muy enterrecidos.